

Introducción

Hemos de aprender a vivir de otra manera

Jorge Riechmann

"No sabemos si ya estamos cerca de franquear el punto sin retorno, más allá del cual ni siquiera el ser humano podrá vivir."

Marguerite Yourcenar (en 1984) ¹

"Queremos combatir el cambio climático sin renunciar a los coches de alta cilindrada, sin aceptar restricciones al uso del transporte privado y oponiéndonos a aumentos del precio de los combustibles que quizá estimularían un uso más cuidadoso. Queremos aumentar el peso de las renovables sin renunciar a la seguridad del suministro en todo momento, sin que aumente el precio de la electricidad y sin que afecten al paisaje. Y queremos que se nos garantice la disponibilidad de energía abundante, pero que las plantas de producción e incluso las líneas de transporte se instalen lejos de nosotros, lo que equivale a decir cerca de otros. Y todos estos deseos pueden resultar incompatibles."

Cayetano López, director adjunto del CIEMAT ²

"Las formas actuales de compromiso parecen, probablemente, más prosaicas, y es posible que lo sean. Pero la importancia del compromiso político no es menor que en el pasado. Los intereses universales siguen siendo reales. Lo único que ocurre es que el intelectual comprometido no puede permitirse ya las viejas esperanzas románticas de cambiar el mundo de golpe."

Stephen Bronner ³

Hemos crecido demasiado

Hemos ido demasiado lejos, hemos crecido demasiado. Y aunque los mecanismos de externalizar funcionan a toda máquina en las sociedades industriales (esos mecanismos que desplazan daños y riesgos en el tiempo y en el espacio, "exportando" las consecuencias indeseables de nuestras acciones hacia los más débiles que nosotros), incluso en tales condiciones las señales de crisis son inequívocas: calentamiento global, hecatombe de biodiversidad, pérdida de suelo fértil, desertificación, escasez de agua, desplome de las pesquerías, destrucción de los bosques y los humedales, contaminación con compuestos tóxicos persistentes...

La crisis ecológica no es un problema ecológico: es un problema humano. Se trata de calentamiento climático antropogénico, de sobreconsumo de recursos por las sociedades humanas, de extinción masiva de especies a causa de la conducta humana... El impacto no procede de –digamos–ningún enorme asteroide que hubiese chocado, por algún mal

¹ Entrevista del 7 de febrero de 1984, recogida en Andrea Padilla y Vicente Torres (comps.), *Marguerite Yourcenar y la ecología. Un combate ideológico y político*, Eds. Uniandes, Universidad de los Andes, Bogotá 2007, p. 97.

² Cayetano López, "La encrucijada energética", *El País*, 14 de enero de 2008, p. 33.

³ Stephen Bronner, *Reivindicación de la Ilustración*, Laetoli, Pamplona 2007, p. 12.

hado, contra la Tierra (tal y como sospechamos que ocurrió en anteriores crisis biosféricas): el impacto lo causamos nosotros.

Por eso deberíamos hablar siempre de crisis socioecológica o ecológico-social. Y tener siempre claro que en lugar de “gestión” de los recursos naturales o “gestión” de las crisis ambientales, para salir del atolladero lo que necesitamos es básicamente autogestión humana.

La triple crisis: climática, energética, de biodiversidad

A comienzos del siglo XXI tenemos un sistema energético en crisis tanto por el lado de las fuentes (final del petróleo barato, y luego agotamiento de los combustibles fósiles) como por el de los sumideros (calentamiento antropogénico del planeta). Y también padece una terrible crisis la “parte viva” de la biosfera (ecosistemas, biota, diversidad biológica), lo cual pone en peligro los servicios ecosistémicos básicos de los que dependen las sociedades humanas. Por lo demás, estos tres aspectos de la crisis ecológico-social están interrelacionados entre sí por múltiples vínculos causales.

Esta triple crisis –climática, energética, de biodiversidad– significa para el “hombre de la calle”, es decir, para la mayoría de nuestros conciudadanos y conciudadanas, algo como lo siguiente: “casi todo lo que le han estado contando, a lo largo de su vida, sobre progreso y bienestar es mentira. Le han estado engañando, y usted se ha estado autoengañando.”

“Creen que progresan porque están devorando sus reservas”, decía uno de los personajes de Contrapunto de Aldous Huxley (publicado en 1928). Estamos, ya, construyendo un “Arca de Noé” –el búnker genético de la isla noruega de Svalbard, en el Ártico– para tratar de proteger muestras de la riqueza vegetal del planeta, amenazada por el “Diluvio Universal” antropogénico que quizá arrase la biosfera, ¡y todavía seguimos negando el problema, y hablando de “progreso”, “desarrollo” y “crecimiento”, así como de la necesidad de un optimismo sin fisuras!

¿Quién dirá a la gente: os hemos estado engañando –y nos hemos estado autoengañando– cuando en los últimos decenios hablábamos de progreso, crecimiento y bienestar? ¿Y cómo vivir entonces? Es cierto que el movimiento ecologista lleva diciendo eso mismo más de cuarenta años: pero ese “hombre de la calle” no lo ha creído hasta hoy.

Las máquinas de movimiento perpetuo no existen

Con la era industrial, el capital pareció haber inventado una máquina de movimiento perpetuo: el excedente económico se invierte en producción racionalizada, lo cual genera mayores excedentes para inversión y comercio, y sigue así un ciclo tras otro de expansión productiva y acumulación ampliada de capital⁴. Pero la física nos enseña que las máquinas de movimiento perpetuo no existen: tampoco en este caso.

⁴ El capitalismo es intrínsecamente expansivo. Como recuerda el profesor Joaquim Sempere, se han dado tres explicaciones principales de este fenómeno: (1) la explicación estructural de Marx y otros autores, que hace hincapié en los mecanismos de acumulación de capital; (2) la explicación cultural de Max Weber, que subraya la compulsión puritana al trabajo incesante, y la reinversión de los excedentes (en lugar de dedicarlos al consumo

The show must go on, dice con una de sus voces nuestro sistema, ese potente ventrílocuo. Y con otra: que la máquina no se pare. Y ahí siguen las grandes mayorías: hipnotizadas, alucinadas, paralizadas en la espera de lo peor.

Los “cuatro motores asociados y, al mismo tiempo, descontrolados” que –al decir de Edgar Morin– mueven la Nave Espacial Tierra, a saber: ciencia, técnica, industria y capitalismo, nos han conducido a un violento choque con los límites biofísicos del planeta. Es hora de revisar a fondo esos motores. Es hora de una economía de “equilibrio biofísico y crecimiento moral”, por ejemplo esa economía de estado estacionario reivindicada por Herman E. Daly, quien precisa:

“Será muy difícil definir la suficiencia y construir el concepto en el interior de la teoría económica, y de la práctica. Pero creo que todavía sería mucho más difícil seguir actuando como si ‘bastante’ no existiese.”⁵

Una idea insensata

La idea de que podemos vivir haciendo caso omiso de las constricciones ecológicas y termodinámicas es nueva –apenas se ha abierto paso en los últimos doscientos años, el período de la Revolución Industrial--; es insensata; y tendrá una vida breve (en términos históricos).

Hemos creado una lamentable economía de la expansión material continua, y una lamentable cultura de la generación constante de apetencias que buscan satisfacción inmediata⁶. Semejantes economía y cultura (capitalismo y consumismo, para abreviar) resultan extraordinariamente disfuncionales para el medio donde de forma irremediable se desenvuelven: la biosfera. El reajuste es inevitable y todo indica que va a resultar terrible. Este *Homo sapiens* tan escasamente *sapiens* va a tener que aprender –rápida y brutalmente– a vivir de nuevo bajo constricciones ecológicas. Eso o perecer⁷.

Los seres humanos somos perfectamente capaces de vivir bajo constricciones ecológicas: de hecho, llevamos muchos miles de años haciéndolo así. Hoy se trata en buena medida de redescubrir esos equilibrios entre naturaleza y sociedad –esas pautas de sostenibilidad, diríamos en lenguaje más contemporáneo– y de aplicarlas creativamente a la crítica situación en que nos encontramos.

ocioso); y (3) el modelo humano que propone la antropología liberal, ese *Homo economicus* como incesante maximizador individual de utilidades. Cf. Sempere, “La explosión de las necesidades en el marco del sistema socioeconómico”, ponencia presentada en el Seminario sobre necesidades, economía sostenible y autocontención (coordinado por Jorge Riechmann y Santiago Álvarez Cantalapiedra), Madrid, 13 de diciembre de 2007.

⁵ Herman E. Daly, “The steady-state economy: toward a political economy of biophysical equilibrium and moral growth”, en Herman E. Daly y Kenneth N. Townsend (eds.), *Valuing the Earth: Economics, Ecology, Ethics*, MIT Press, Cambridge (Mass.) 1993, p. 361.

⁶ En nuestra “cultura de la insatisfacción”, el fin de la omnipresente publicidad comercial no es sólo vender productos, sino de manera más amplia *producir sujetos deseantes*, perpetuamente escocidos y anhelantes de lo que aún no tienen. Sugerentes análisis al respecto en Luis Enrique Alonso, *La era del consumo*, Siglo XXI, Madrid 2006; José Antonio Marina, *Las arquitecturas del deseo*, Anagrama, Barcelona 2007; y Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, FCE, Madrid 2007.

⁷ Perecer que sería morir matando, llevándonos por delante buena parte de la vida en este planeta.

Actuar sobre las causas y no sobre los efectos

La política de protección del clima que trabajosamente se ha intentado poner en marcha durante los últimos dos decenios tiene bastante de contrasentido: querer tratar sólo los síntomas de una enfermedad, sin abordar las causas. Política sintomática; tratamientos paliativos (cuando no, directamente, maniobras de distracción).

Nuestro problema no debería ser qué hacemos con los residuos, sino *cómo organizamos la producción, el trabajo y el consumo*. El problema de los residuos (la contaminación, el calentamiento climático, etc) es derivado: las causas están en la organización de la producción, el trabajo y el consumo.

Principios de organización social como el de *suficiencia*⁸ (o autocontención), el de *biomímesis*⁹ (o coherencia entre los sistemas humanos y los sistemas naturales) y el de *precaución*¹⁰ deben figurar en el equipaje que necesitamos para avanzar hacia sociedades sostenibles.

La ecoeficiencia es una condición necesaria para la sostenibilidad; por desgracia, no sólo no es una condición suficiente para la misma (como la vulgata empresarial y gubernamental del “desarrollo sostenible” parecen creer), *sino que puede convertirse en una trampa* que nos aleje de nuestros objetivos. En efecto, bajo el capitalismo las ganancias en la eficiencia con que la economía aprovecha la energía y los materiales se han traducido no en disminuciones de la presión sobre los ecosistemas sino en abaratamiento de los precios y en aumentos del consumo (en un proceso bien caracterizado por los economistas como “efecto rebote”). En el sintagma –ya lexicalizado– “ahorro y eficiencia” (referido por ejemplo a la energía) no somos capaces de ver el potencial de conflicto: a menudo, en la práctica, la eficiencia obra contra el ahorro. Como lúcidamente escribía –hace ya años– Wolfgang Sachs,

“la política mundial de gestión de los recursos está coja: ignora la opción de la autolimitación y se restringe a predicar una nueva era de eficiencia. Así se esboza, en nombre de la ecología, una occidentalización del mundo aún más intensa, un colonialismo cultural (no intencionado) que, a la postre, se vuelve contra el objetivo primordial de hacer las paces con la naturaleza.”¹¹

¿Por qué lo estamos haciendo tan mal?

¿Cuál es la causa de la crisis socioecológica mundial? Una manera breve de responder, valiéndonos del famoso latiguillo de Bill Clinton, sería: se trata de la economía, estúpido. Se trata de la economía capitalista mundializada, con su carácter intrínsecamente expansivo y colonizador –lo que en este contexto quiere decir: mercantilizador– de todos los ámbitos de la vida natural y social¹².

⁸ Véase Manfred Linz, Jorge Riechmann y Joaquim Sempere: *Vivir (bien) con menos*; Icaria, Barcelona 2007. De mucho interés, para profundizar en estas cuestiones, es *The Logic of Sufficiency* de Thomas Princen (MIT Press, Cambridge –Mass.– 2005).

⁹ Jorge Riechmann, *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2006.

¹⁰ Jorge Riechmann y Joel Tickner (coords.): *El principio de precaución*, Icaria, Barcelona 2002.

¹¹ Sachs en Wolfgang Sachs y Gustavo Esteva, *Des ruines du développement*, Le Serpent à Plumes, París 2003, p. 94. La traducción es mía (J.R.)

¹² Lo he argumentado en los capítulos 11 y 12 de *Biomímesis*, op. cit.

Sin embargo, no deberíamos darnos por satisfechos con esa reflexión en el nivel “macro”, sino más bien seguir preguntándonos: ¿y dónde engancha y engrana, en los niveles “meso” y “micro”, esta “macrocausa” –la dinámica expansiva de la economía capitalista– de manera que alcance semejante “éxito”, que hoy pone en riesgo incluso la supervivencia de la especie humana sobre el planeta? ¿Por qué lo estamos haciendo tan mal? ¿Por qué tienen en apariencia una vigencia cada vez mayor los valores proambientales, mientras que sin duda siguen prevaleciendo las conductas antiecológicas? ¿Sobre qué rasgos específicos se apoya la “macrocausa”: sobre qué características, antropológicas, culturales, sociales, psicológicas, institucionales, históricas...? Éstas son las preguntas a las que tratan de responder los ensayos que forman este libro.

¿Por qué no hacemos lo que sabemos que deberíamos hacer, para atajar la crisis ecológico-social? Buena parte de las reflexiones que se despliegan en las páginas que siguen tratan de responder a esta cuestión ¹³. Ojalá que puedan ayudarnos.

Engaños y autoengaños

En qué estamos fallando, se preguntan –nos preguntamos– los autores y autoras de este volumen. Lo primero de todo, *en mirar la realidad de frente*: en tratar de no engañar y no engañarnos. El novelista Javier Marías reflexiona en los siguientes términos:

“El grueso de la gente me da la impresión de que ha renunciado a saber. Quizá el cúmulo de información es tan monstruoso que resulta engañoso. La gente confunde la información con el saber: y está, en general, cómoda con esa ignorancia profunda. Una de las cosas que decía mi padre [el filósofo Julián Marías] era: ‘Creo que el hombre se está convirtiendo en un ser primitivo con mucha información’.” ¹⁴

“Mayor que la vergüenza de la guerra es la de los seres humanos que no quieren saber nada”, escribió el insigne cascarrabias Karl Kraus. Hoy podríamos parafrasear: mayor que la vergüenza del ecodidio...

Acaso en ningún ámbito, más que en el de las políticas ambientales, sea más patente esa *renuncia al saber, que va de consuno con enormes amontonamientos de información*. Practicar *desplazamientos de impactos, haciéndolos pasar por reducciones de impactos*, es el tramposo juego de manos al que por lo general se han consagrado estas políticas ambientales “avanzadas” de las regiones más industrializadas del planeta, en los últimos tres decenios. Una gran parte del “éxito” de Occidente se basa en nuestra habilidad para “externalizar”. Mediante una eficaz combinación de tecnología y dispositivos sociales transferimos los “efectos colaterales” de nuestro “progreso” a la trastienda social y ecológica: otros pagarán las consecuencias –o eso creemos.

Así, el *leitmotiv* o máximo hilo conductor de estas políticas, *el objetivo de “desacoplar crecimiento económico e impacto ambiental”*, es engañoso: si bien en la UE –por

¹³ Algunos textos de este libro tienen su origen en una sesión del seminario de investigación “Ciencia y tecnología para una sociedad sostenible” (coordinado por Marta I. González y Jorge Riechmann) que se realizó en Madrid el 6 y 7 de junio de 2007.

¹⁴ Javier Marías entrevistado en *El País Semanal*, 23 de septiembre de 2007.

ejemplo— varios estados miembros han logrado en el decenio 1995-2005 un desacoplamiento relativo entre el crecimiento del PIB y el uso de energía, eso no se ha traducido en una reducción de las presiones ambientales en términos absolutos, porque el consumo de recursos en términos absolutos se ha mantenido más o menos constante en los últimos dos decenios. Pero lo que es más importante: *el "desacoplamiento" dentro de las fronteras de la UE se debe sobre todo al incremento de las importaciones de recursos naturales, que compensan la reducción de la producción o extracción en Europa.* Es "externalización" de impactos, exportación de daños, y no verdadero desacoplamiento¹⁵. Lo reconoce la propia Agencia Europea de Medio Ambiente:

"En términos absolutos, Europa no utiliza menos recursos materiales, sino que depende cada vez más de los que se extraen fuera de sus fronteras. En casi todos los países europeos, las extracciones nacionales de recursos materiales han descendido al tiempo que aumentaban las importaciones (...). Esto es especialmente cierto en el caso de los combustibles fósiles y los metales. (...) La sustitución de la producción nacional por importaciones alivia en parte la presión sobre el medio ambiente y explica el desacoplamiento relativo en términos de balance de masas. (...) Esto sólo significa que las presiones ambientales generadas por la extracción de recursos se producen en el país de origen del artículo. Estas presiones pueden ser importantes: por ejemplo, cada tonelada de metal importado puede 'dejar tras de sí' el equivalente de hasta 20 toneladas de flujos ocultos (la llamada 'mochila ecológica'). De este modo, el uso de recursos materiales importados para producir bienes y servicios en Europa 'desplaza' la carga ambiental de la extracción a los países del exterior. Los daños pueden agravarse todavía más por el hecho de que estos países suelen tener un nivel social y ambiental inferior a la UE."¹⁶

Hoy por hoy, en definitiva, *el consumo de recursos naturales sigue de forma casi lineal el PIB*, cuando tomamos en cuenta la "exportación de daños" (vale decir, cuando incluimos en la cuenta los impactos provocados en "países terceros" por el ciclo de vida completo de los productos que consumimos.)¹⁷

Docta ignorantia

Da la impresión de que en nuestras sociedades aumentan desmedidamente los tres rasgos degenerativos siguientes: la renuncia a saber (a menudo bajo la forma de eso que los psicoanalistas y psiquiatras llaman *denegación*); la negativa a asumir las consecuencias de los propios actos (*irresponsabilidad*)¹⁸; y las ilusiones de omnipotencia (a menudo bajo la forma de *tecnolatría*)¹⁹.

¹⁵ Según datos de la Agencia Internacional de la Energía, el 38% del consumo energético de China, y el 27% de sus emisiones de gases de efecto invernadero, corresponden a su sector exportador (*World Energy Outlook* 2007).

¹⁶ Agencia Europea de Medio Ambiente: *Uso y gestión sostenible de los recursos naturales*, MMA (Ministerio de Medio Ambiente), Madrid 2007, p. 23.

¹⁷ François Schneider, "Sin sobriedad no hay eficacia", en en AAVV, *Objetivo decrecimiento*, Leqtor, Barcelona 2006, p. 51.

¹⁸ Véase al respecto Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable* (segunda edición); Los Libros de la Catarata, Madrid 2005.

¹⁹ Puede consultarse Jorge Riechmann (coord.), *Perdurar en un planeta habitable. Ciencia, tecnología y sostenibilidad*, Icaria, Barcelona 2006.

Ya el deshacernos de algunas creencias falsas sería dar un enorme paso adelante. A menudo la mejor forma de orientar nuestros pasos es desechar los peores caminos equivocados (**docta ignorantia**). Me refiero a creencias tan básicas para nuestra sociedad productivista/ consumista como: (A) la economía puede crecer indefinidamente dentro de una biosfera finita; (B) los mercados competitivos permiten hacer frente eficientemente a las situaciones de escasez; (C) nuestra tecnología, a efectos prácticos, nos hace omnipotentes. Si dejásemos de engañarnos respecto a estas cuestiones básicas, seríamos capaces de avanzar rápidamente hacia la sostenibilidad.

Dejemos de engañarnos

La ideología de crecimiento económico y “progreso” que hoy prevalece promueve una creencia demencial: que podemos crecer indefinidamente dentro de la biosfera finita. (De forma más técnica, que el “transumo”, *throughput* o trasiego de energía y materiales a través de nuestros sistemas productivos puede crecer indefinidamente, siendo los límites biofísicos constantemente sobrepasados gracias a la tecnología y los mercados.)

A tanta voluntad de desconocimiento habrá que oponer alguna voluntad de verdad. Frente a semejante denegación de los problemas, tendremos que hallar las vías para ahondar en la necesaria “ilustración ecológica” (o más bien socioecológica). A los menos autoengañados nos corresponde hacer avanzar puntos de vista menos extravagantes, comenzando por lo más básico: los sistemas humanos no pueden crecer indefinidamente dentro de nuestra finita y vulnerable biosfera. Y siguiendo por otros asuntos donde tampoco deberíamos tolerar engaños ni autoengaños:

- Las necesidades humanas básicas *no son infinitas e ilimitadamente expansivas*.
- El “desarrollo” *no nos conduce a un estado de riqueza y felicidad universal*.
- El medio ambiente no ha de pasar a formar parte de la economía, sino que *la economía forma parte (desde siempre) del medio ambiente*.
- El crecimiento del PIB *no se “desacopla” del uso de materiales y energía*.
- El crecimiento del PIB *no significa aumento de la calidad de vida o del bienestar humano*.
- El crecimiento económico *no mejora la distribución de la riqueza* ni es la mejor manera de combatir la pobreza.
- Más crecimiento económico *no resuelve los problemas creados por el crecimiento económico*.
- La economía “postindustrial” o la “sociedad del conocimiento” *no reduce globalmente las presiones sobre el medio ambiente*.
- Las “soluciones” tecnológicas *a menudo crean problemas nuevos*; algunos remedios son peores que la enfermedad.
- Los mercados capitalistas *no son capaces de asegurar sus propias condiciones –naturales y sociales– de reproducción*.
- Los precios de mercado (¡y eso cuando hay precios de mercado para bienes y servicios ambientales!) *no reflejan la escasez a medio y largo plazo* (¡y no digamos las “sorpresas” sistémicas cuando se sobrepasan umbrales biofísicos críticos!).

- El capital manufacturado *no sustituye al capital natural*.
- La tecnosfera humana *no es independiente de la biosfera* ni superior a ella.
- *No podemos ignorar el segundo principio de la termodinámica (ley de la entropía), las constricciones ecológicas ni la finitud humana*, salvo al precio de dañarnos a nosotros mismos.

Quien fracasa tratando de conseguir un imposible es digno de lástima. Pero quien, a sabiendas de que algo es imposible, se engaña y engaña a los demás orientando los esfuerzos colectivos hacia ese imposible, éste es un sujeto peligroso a quien hay que apartar del puesto de mando. Quienes hoy siguen aturullándonos con el discurso de "conciliar el crecimiento económico con la protección del medio ambiente" (o al menos con la "reducción de emisiones de gases de efecto invernadero") pertenecen a esta última categoría. Una ciudadanía racional y sensata no debería tener contemplaciones con ellos.

Cambiar duele

El 4 de abril de 1992, en los prolegómenos de la "Cumbre de Río" sobre medio ambiente y desarrollo (UNCED por sus siglas en inglés), Maurice Strong –secretario general de la misma– declaraba: "Nuestro modelo de desarrollo, que conduce a la destrucción de los recursos naturales, no es viable. Debemos cambiarlo". La desoladora respuesta llegaba de labios de George Bush (padre), presidente de EE.UU.: "Nuestro modo de vida de no es negociable". Más de tres lustros después, seguimos ahí. La camarilla nihilista que no acepta la necesidad de transformar nuestra *way of life* aún sigue al mando, mientras los problemas han empeorado dramáticamente.

En 2006 se publicó un importante informe²⁰, sintetizando resultados de un congreso científico celebrado en Exeter, del 1 al 3 de febrero de 2005. Se trataba de averiguar cómo evitar el calentamiento climático peligroso, por encima de esa barrera de los dos grados de incremento de las temperaturas promedio (respecto a los niveles preindustriales). En el prólogo, el entonces aún primer ministro británico Tony Blair escribía: "Actuar ahora puede ayudar a evitar los peores efectos del cambio climático. Si actuamos con previsión, podremos evitar perturbar nuestra forma de vida"²¹. También el ministro alemán de medio ambiente, Siegmund Gabriel, decía algo parecido: "Proteger el clima no produce dolor".²²

Ése es el autoengaño donde se acunan nuestras sociedades sonámbulas. *No podemos evitar el desastre ecológico sin perturbar nuestra "way of life"*. En particular, proteger el clima exige cambiar. Y cambiar duele... Nos engañamos pensando que se puede hacer frente a la crisis ecológico-social *sin cambiar nada sustancial de la estructura económica capitalista (en el plano "macro"), y sin alterar nuestro "estilo de vida" (en el plano "micro")*.

"Por una parte, los ministros europeos de medio ambiente pregonan la revolución ecológica; por otra, anuncian que, pese al cambio climático, podemos seguir con nuestra habitual forma de vida. Esto es ilusorio."²³

²⁰ Hans Joachim Schellnhuber (ed.), *Avoiding Dangerous Climate Change*, Cambridge University Press 2006.

²¹ En el original: "With foresight such action can be taken without disturbing our way of life".

²² Citado en *El País*, 15 de junio de 2007.

²³ Ulrich Beck, "El cambio climático y la justicia mundial", *El País*, 15 de junio de 2007.

I+D+i son en realidad las siglas de “ciencia, tecnología y mercado”. Repetimos estas siglas como un conjuro mágico, un mantra del que esperamos la salvación. Pero no van a salvarnos. *Lo que más necesitamos --y más nos cuesta-- es cambio social, cultural, moral.*

Enfermos de tecnolatría y de mercadolatría

“La forma de superar el desafío de la energía y del cambio climático mundial es mediante la tecnología”, cacareaba George W. Bush (hijo), presidente de EE.UU., ante la cumbre mundial del G-8 en Heiligendamm (Alemania), en junio de 2007.²⁴ No hacía sino expresar un ideologema ampliamente difundido en las sociedades contemporáneas.

¿Tecnologías de “secuestro del carbono” para hacer frente al calentamiento climático? ¡Pero si ya está secuestrado, capturado, de la mejor manera posible: en los yacimientos restantes de combustibles fósiles! Se trata de dejarlo donde está, no de ponerlo de nuevo en circulación a través de la biosfera y luego tratar de controlar lo incontrolable.

El modo típico de enfrentarse a los problemas, en nuestra sociedad mercadolátrica y tecnolátrica, es la *huida hacia delante*. Pero cuando uno se encuentra frente a un muro, ésta es la peor de las “soluciones”.

“Cerca de un tercio de la población estadounidense es obesa, y los científicos de ese país se han puesto a buscar el gen de la obesidad para resolver el problema de manera ‘científica’. Naturalmente, la mejor solución sería adoptar dietas más saludables. Éste es un comportamiento sintomático de nuestra civilización. En lugar de cuestionar nuestro modo de vida emprendemos una huida hacia delante, buscando soluciones técnicas para dar respuesta a un problema cultural. Por otro lado, esta manera alocada de enfrentarse a los problemas no hace sino acelerar el movimiento destructivo.”²⁵

La respuesta del sistema es: más de lo mismo. La huida hacia delante: si las temperaturas suben en nuestras ciudades, más aire acondicionado; si las nieves desaparecen, cañones de nieve artificial en las estaciones de esquí (realimentando fatalmente las causas del problema, en el empeño de hacer frente sólo a los síntomas). Nuestra respuesta tiene que situarse en otro marco: hemos de vivir de otra manera.

Estamos gravemente enfermos de tecnolatría y de mercadolatría... Lo que *no* necesitamos es *marketing* verde y medidas ambientales cosméticas para tranquilizar conciencias escocidas. Y lo que necesitamos: *vivir de otra manera*.

²⁴ Citado en *El Mundo*, 31 de mayo de 2007

²⁵ Bruno Clémentin y Vincent Cheynet: “El decrecimiento sostenible. Hacia una economía saludable”, en AAVV, *Objetivo decrecimiento*, Leqtor, Barcelona 2006, p. 21.

¿El animal histórico que no aprende de la historia?

Homo sapiens: ¿el animal histórico que no aprende de la historia? El narrador y ensayista alemán W.G. Sebald escribe:

"La descripción de la perversión de la crueldad, endémica en la historia de la humanidad, se hace en cada ocasión con la esperanza de que se está escribiendo por última vez el capítulo del horror (...). La intención así definida de la representación de la crueldad, como entretanto sabemos, no se ha cumplido ni, probablemente, se cumplirá nunca, porque nuestra especie es incapaz de aprender de lo que hace. Por ello, el arduo esfuerzo cultural no puede acabar, como no acaban los tormentos y las penas que trata de remediar."²⁶

El reto de la humanidad confrontada a la crisis socio-ecológica: no hemos aprendido de las catástrofes del pasado --¿y vamos a ser capaces de aprender de las catástrofes del futuro?

Uno se siente tentado a describir a los seres humanos como campeones de la denegación y la conciencia escindida²⁷. Si caemos en la cuenta, por ejemplo, de cómo millones de cristianos han vivido durante siglos una aguda contradicción entre valores y conductas... ¿de qué nos asombraríamos, cuando una escisión análoga se refiere a las cuestiones ecológicas? Al psiquiatra Luis Rojas Marcos le preguntó un colega, en el curso de cierto debate académico, cuál era en su opinión la cualidad más humana de todas las cualidades humanas. Sin dudar, Rojas Marcos le contestó que el autoengaño.

"El autoengaño es una peculiar estrategia de supervivencia de nuestra especie, verdaderamente única y de inigualable utilidad en tantos momentos de prueba y vulnerabilidad que nos depara la vida. Gracias al autoengaño superamos una realidad devastadora con una ilusión reconfortante, neutralizamos una verdad implacable con una falacia benevolente, justificamos una conducta intolerable con una excusa persuasiva."²⁸

Y el juicio de Gilbert Rist sobre nuestros autoengaños en torno al "desarrollo" --para él, una creencia religiosa en el sentido del sociólogo Durkheim, una suerte de religión civil que proporciona cohesión social-- es devastador:

"Hemos de subrayar un rasgo específico de las religiones: son autoinmunes. Por eso la crítica interna se muestra impotente, cuando se trata de reconciliar discurso y acción. Por eso, sin ir más lejos, el cristianismo puede representar a la vez la religión del amor y la justificación de las Cruzadas, la Inquisición, o las guerras de religión entre católicos y protestantes. Por lo mismo, el 'desarrollo'

²⁶ W.G. Sebald, *Camposanto*, Anagrama, Barcelona 2007, p. 131-132.

²⁷ Ángel Zapata escribe: "La estrategia más frecuente entre los intelectuales colaboracionistas consiste hoy en un mecanismo de defensa que Zizek, tras las huellas de Lacan, ha llamado *atenuación*. Se explica muy sencillamente: la atenuación se basa en constatar un hecho de la realidad, y acto seguido disociar esta misma constatación de cualquier posible consecuencia en el plano de la conducta práctica. Su fórmula sería: 'Sé perfectamente que esto es así... (pero me sigo comportando del mismo modo que si no lo supiera en absoluto)'. Ni que decir tiene que no hay que apresurarse a asimilar la atenuación a las prolijas justificaciones del cobarde o al intrincado fariseísmo del trepa. La atenuación no se sitúa exactamente en el plano de la labilidad moral. Su dimensión propia es aún más profunda, pues con ella, con el acto de disociación que la funda --y en el que se evaden la culpa subjetiva y el displacer de la contradicción--, es el propio sujeto lo que resulta disociado, son en realidad áreas enteras de percepción y sensibilidad las que terminan secuestradas, devastadas, por esta forma tan contemporánea de la conciencia sierva." Ángel Zapata, "Ideas sobre la literatura", en el blog <http://vicenteluis mora.blogspot.com/>, publicado el 16 de mayo de 2007.

²⁸ Luis Rojas Marcos, "Autoengaño: sí, gracias", *El País*, 20 de junio de 1995, p. 13.

puede representar a la vez una promesa universal de felicidad y la justificación de la explotación. Lo que ocurre en los cielos no suele guardar demasiada relación con lo que pasa en la tierra. Alguna gente parece particularmente propensa a mirar hacia arriba, con tal de ignorar las realidades a ras de tierra. Yo he optado por la posición contraria (...). Después de todo, cuando el presidente Bush ataca a Irak en nombre de la 'democracia', quienes tienen un mínimo conocimiento político no se engañan. ¿Por qué tendríamos que aplaudir cuando se expropia a millones (privándoles de tierra, conocimientos tradicionales, etc) en nombre del 'desarrollo'?"²⁹

Sin embargo, un rasgo como la propensión al autoengaño, que probablemente nos ayude –y por eso tenga valor adaptativo– a la hora de hacer frente a crisis personales, podría resultar fatal si gobierna nuestro comportamiento a la hora de hacer frente a crisis colectivas tan dramáticas como la que se nos plantea hoy.

Tres asuntos paradójicos en cuanto a nuestra *way of life*

Hay tres aspectos paradójicos en nuestra manera de tratar esa adictiva *way of life* que ha generado el capitalismo, y que es manifiestamente insostenible. En primer lugar, nos apegamos desesperadamente a ella: pero cambia constantemente, y por desgracia de manera heterodeterminada (por ejemplo, merced a grandes transformaciones tecnológicas: telemática, telefonía móvil...).

En segundo lugar, nos apegamos desesperadamente a ella: pero prolongar ahora el *business as usual* nos lleva a una catástrofe ecosocial de grandes dimensiones, que aniquilará esa misma *way of life*.

Y en tercer lugar, nos apegamos desesperadamente a ella: pero cambiándola podríamos vivir mejor. Podríamos alcanzar formas de existencia humana más plenas, libres y felices.

¿Vamos a adaptarnos a lo inaceptable? "La felicidad es una palabra muy difícil de emplear. (...) La capacidad de adaptación del ser humano es infinita. Se podía ser feliz trabajando como esclavo en una finca romana. El hombre se adaptará"³⁰, prevé José Luis Sampedro. ¿De verdad tenemos un espinazo tan dúctil? Un filósofo como Jacques Grinevald, especialista en la obra de Nicholas Georgescu y divulgador de la bioeconomía, pone los puntos sobre las íes:

"La ciencia económica moderna, típica de la civilización urbanoindustrial de Occidente, es a la vez demasiado poco materialista, puesto que ignora la naturaleza (la Tierra, el medio ambiente, los recursos naturales, la contaminación), y demasiado materialista, porque no comprende que el verdadero 'producto' del proceso económico no puede ser un flujo material entrópico (nada menos que recursos de baja entropía transformados en residuos de alta entropía). Como puso en evidencia Georgescu-Roegen (...) la finalidad propiamente humana (...) del proceso económico es esencialmente inmaterial, espiritual si queremos expresarnos como Bergson, y consiste en el disfrute de la vida misma, lo que nuestro

²⁹ Gilbert Rist, "Before thinking about *What Next*. Prerequisites for alternatives", *Development Dialogue*, junio de 2006, Uppsala, p. 76.

³⁰ "Hemos llegado al tiempo de la barbarie", entrevista con José Luis Sampedro, *El País*, 19 de abril de 2007.

autor llamaba 'la alegría de vivir'. En suma, la bioeconomía es una ciencia nueva que entronca con una sabiduría inmemorial: 'no hay más riqueza que la vida', como escribía John Ruskin (1818-1900), el gran crítico del industrialismo de la Inglaterra victoriana."³¹

Librarnos de la necesidad y el miedo

"El estado de felicidad" –ha dicho el narrador Miguel Delibes– "no existe, sólo atisbos. Cuando no tienes nada, necesitas; cuando tienes algo, temes."

Librarnos de la necesidad y el miedo no sería un mal programa. Librarnos de la necesidad con bienes *suficientes* pero limitados (en una perspectiva de necesidades humanas básicas y respeto por las constricciones ecológicas)³²; librarnos de la insatisfacción generada constantemente por un sistema mercantil que ha transformado el *marketing* en su elixir vital; y librarnos del miedo (quizá aprendiendo a morir para aprender a vivir).

Así libres –o más bien: un poco más libres--, estaríamos atentos al mundo y abiertos a la felicidad. En esos momentos eternos –y a veces muy persistentes– en que aquel raro pájaro nos visita.

Un mundo sin ruido, sin velocidad inútil y sin sangre vertida

Marguerite Yourcenar, que además de una sabia escritora era una ecologista comprometida, comienza un texto esencial titulado ANHELOS –al que, dos decenios, después de su muerte, vale la pena volver– de la siguiente forma:

"Desearía vivir en un mundo sin ruidos artificiales e inútiles.

Sin velocidad, y donde la noción misma de velocidad fuera despreciada o detestada, reservando los transportes rápidos a los miembros de profesiones indispensables o a ciertos casos graves.

Un mundo sin efusión de sangre humana o animal y donde todo crimen fuera considerado repugnante, conllevando sanciones prácticas y purificaciones morales..."³³

Un mundo sin ruido, sin velocidad inútil y sin más sangre vertida que la estrictamente indispensable. A poco que uno piense, se apreciará que en realidad bastan esos tres rasgos para definir el tratado de paz con la naturaleza cuya firma no deberíamos demorar un solo día más.

³¹ Jacques Grinevald, "Georgescu-Roegen: bioeconomía y biosfera", en AAVV, *Objetivo decrecimiento*, Leqtor, Barcelona 2006, p. 76.

³² Véase Jorge Riechmann (coord.), *Necesitar, desear, vivir. Sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*, Los Libros de la Catarata, Madrid 1998.

³³ Marguerite Yourcenar, *Sources II*, Gallimard, París 1999, p. 239.

El placer de comprender

El marketing *pervierte*, y el "marketing verde" *pervierte de forma especializada*. Los seres humanos somos muy buenos a la hora de autoengañarnos y de disociar nuestras conductas de nuestros valores, pero a lo largo de los últimos ochenta años la mercadotecnia capitalista ha exacerbado y refinado estas disposiciones hasta convertirlas en una tremebunda patología social. Una sociedad donde la mayoría confunde la vida con una cinta de dibujos animados está renunciando a los recursos con que podría evitar la autodestrucción.

Hablar mucho sobre medio ambiente no significa estar actuando eficazmente contra la crisis ecológico-social. Nos intoxicamos de realidad virtual, mientras la devastación continúa. Y nos adormecemos con los datos demoscópicos que nos hablan de una conciencia ecológica creciente –aunque esté divorciada de la conducta–, y con las medidas gradualistas que prometen una mejora incremental en algún aspecto ambiental –aunque lo que necesitaríamos son momentos de ruptura para producir, trabajar y consumir de otra manera--.

A los seres humanos nos salva la necesidad de comprender, que es también el placer de comprender. Qué bien lo ha expresado el filósofo Emilio Lledó, en más de una ocasión:

*"Idea significaba "lo que se ve con los ojos". Las ideas no eran unas cosas flotantes que se habían inventado unos seres extraños que se llaman filósofos. Idea es lo que se ve. Ver con los ojos, pero con los ojos del cuerpo. Entonces, entender, aprender, es una forma de mirar, y eso es la esencia de la vida. En el momento en que no sepamos mirar, aprender, que no tengamos el alma navegable, como decía el poeta, para que nos circule esa experiencia del mundo, no tiene sentido la vida humana. (...) Mientras hay vida, dice el viejo refrán, hay esperanza, y yo creo que es al revés. Mientras haya esperanza hay vida."*³⁴

Hoy necesitamos, por encima de todo, una comprensión de los ecosistemas y una autocomprensión de los seres humanos que se guíe por valores y principios que aún son minoritarios: sostenibilidad, suficiencia, biomímesis, precaución, uso prudente, respeto del otro, cuidado de lo común, responsabilidad por las consecuencias, consideración del largo plazo, biofilia. Creo que los ensayos contenidos en este volumen pueden orientarnos hacia esa necesaria –y placentera– clase de comprensión.

Galapagar (Madrid), marzo de 2008.

³⁴ Emilio Lledó: "Entender da mucha marcha" (entrevista), *El País*, 11 de noviembre de 2007.